

Por el autor de *El poder del perro*

DON WINSLOW



SATURDI

Una novela inspirada en **Shibumi**, el clásico de Trevanian

«Al acabar una novela de Don Winslow queda una sensación de vacío y el deseo de que llegue pronto la siguiente.»

Sergio Vila-Sanjuán (*La Vanguardia*)

SATORI

Don Winslow

Otoño de 1951. La guerra de Corea está en pleno apogeo. Nicholai Hel, de veintiséis años, ha pasado los tres últimos en prisión incomunicada a manos de los americanos. Hel es maestro de la *hoda korosu* o «matanza sin armas», habla fluidamente varios idiomas y ha afinado su extraordinaria «sensación de proximidad», conciencia adicional ante una presencia peligrosa. Posee las aptitudes para convertirse en el asesino más temible del mundo y en este preciso momento la CIA lo necesita. Los americanos le ofrecen la libertad a cambio de un modesto servicio: trasladarse a Pekín y asesinar al delegado de la Unión Soviética en China. Evidentemente, se trata de una misión suicida, pero Hel acepta, por lo que tendrá que sobrevivir al caos, la violencia, las sospechas y las traiciones mientras se esfuerza por alcanzar el objetivo final del *satori*: la posibilidad de la comprensión verdadera y la armonía con el universo.

ACERCA DEL AUTOR

Don Winslow nació en Nueva York, pero se crio en South Kingstown, en Rhode Island. Sus obras incluyen *El poder del perro* y *The Life and Death of Bobby Z*. Además de dedicarse a escribir, Don ha sido actor, director, encargado de un cine, guía de safaris e investigador privado. Vive en la zona de San Diego con su esposa Jean y su hijo Thomas. Te invita a que lo visites en su web: www.donwinslow.com.

ACERCA DE LA OBRA

«Al acabar una novela de Don Winslow queda una sensación de vacío y el deseo de que llegue pronto la siguiente.»

SERGIO VILA-SANJUÁN, *LA VANGUARDIA*

«Más que nunca, una soberbia mezcla de ambientación, hábil caracterización y suspense salvaje.»

JAMES ELLROY

«Mejorar un clásico es una tarea difícil, pero Winslow lo ha conseguido. Con una escritura elegante, una narración madura e intimista y unos personajes tan reales que casi puedes tocarlos, la puesta en escena es una coreografía perfecta. Una obra que satisfará incluso a los menos apasionados de la novela de acción.»

DAVID BALDACCI

«Sublime... Winslow nos ofrece suspense sin aliento y una oscura red de intriga, sinuosos personajes provenientes de todos los puntos del planeta y lugares exóticos con culturas perversas.»

BOOKLIST

WARNER BROSS adaptará la novela para llevarla al cine. El protagonista, Nicholai Hel, será interpretado por Leonardo di Caprio.

Satori

Don Winslow

Traducción de Margarita Cavándoli Menéndez

Rocaeditorial

Para Richard Pine

PRIMERA PARTE

Tokio, octubre de 1951

Avance editorial gratuito

1

Nicholai Hel contempló la hoja de arce que, cayendo de la rama, revoloteó a causa de la suave brisa y se posó delicadamente en el suelo.

Era hermosa.

Saboreó el primer atisbo de la naturaleza que veía después de pasar tres años de prisión, incomunicado en la celda de una cárcel americana, aspiró el aire diáfano del otoño, se llenó los pulmones y lo retuvo unos instantes antes de soltarlo.

11

Haverford lo confundió con un suspiro.

—¿Se alegra de estar al aire libre? —le preguntó el agente.

Nicholai no respondió. El americano carecía de importancia para él, era un comerciante más, como el resto de sus compatriotas, que trapicheaban espionaje en lugar de coches, crema de afeitar o Coca-Cola. Nicholai no tenía la menor intención de sostener una conversación disparatada ni, menos aún, de permitir que ese funcionario accediese a sus pensamientos íntimos.

«Evidentemente, me alegro de estar libre», pensó mientras volvía la vista hacia las paredes grises y desoladas de la cárcel de Sugamo. Se preguntó por qué los occidentales experimentaban la necesidad de verbalizar lo evidente e intentaban definir lo inexpresable. Pertenecía a la naturaleza de la hoja de arce caer en otoño. «Maté al general Kishikawa, lo más parecido a un padre que he tenido, porque hacerlo forma parte de mi naturaleza... y porque era mi deber filial. Los americanos me encarcelaron porque, dada su naturaleza, no podían hacer otra cosa.»

Y en ese momento le ofrecían la «libertad» porque lo necesitaban.

Nicholai reanudó el paseo por el sendero empedrado y flanqueado de arcos. Un tanto sorprendido al experimentar una punzada de ansiedad por estar fuera del espacio cerrado y reducido de su celda, combatió la sensación de mareo desencadenada por el cielo abierto. Ese mundo era inmenso y estaba vacío; ya no quedaba nadie allí, salvo él mismo. Tras haber sido su propia y adecuada compañía durante tres años, a los veintiséis volvía a entrar en un universo que ya no conocía.

Haverford lo había previsto, pues consultó a un psicólogo para informarse de las cuestiones que afrontan los presos cuando vuelven a la sociedad. Freudiano clásico y con típico acento vienés, el especialista advirtió a Haverford que «el sujeto» seguramente se había acostumbrado a las limitaciones de su encarcelamiento y que al principio quedaría abrumado por el enorme espacio con el que se toparía en el exterior. Añadió que era aconsejable trasladarlo a una habitación pequeña, sin ventanas y con acceso voluntario a un patio o jardín para que se aclimatara poco a poco. Los espacios abiertos y las grandes urbes, con sus bulliciosos pobladores y el ruido incesante, seguramente alterarían al sujeto.

12

Por consiguiente, Haverford consiguió un cuarto pequeño en una tranquila casa refugio de los suburbios de Tokio. Por lo que averiguó de lo que podía saberse de Nicholai Hel, dedujo que el hombre no se agobiaría ni se disgustaría con facilidad. Hel mostraba un anormal dominio de sí mismo, una serenidad que casi resultaba condescendiente y una seguridad que con frecuencia traspasaba el límite y se convertía en arrogancia. A primera vista, Hel parecía la combinación perfecta de su madre rusa aristócrata y de su padre sustituto samurái, el criminal de guerra Kishikawa, a quien había librado del deshonor de la soga del verdugo con un único golpe de dedo en la tráquea.

«A pesar del pelo rubio y los intensos ojos verdes, Hel es más asiático que occidental —concluyó Haverford—. Incluso su manera de caminar es asiática..., con las manos cruzadas a la espalda para ocupar el menor espacio posible y no causar inconvenientes a quienes se acercan desde el otro lado, con el cuerpo alto y delgado ligeramente encorvado por recato. De

aparición europea y esencia asiática». Tenía sentido, ya que su madre, expatriada, lo había criado en Shanghái y, cuando los japoneses tomaron la ciudad, Kishikawa se hizo cargo de su educación. A la muerte de la progenitora, Kishikawa trasladó al niño a Japón para que viviera y estudiara a las órdenes de un maestro de go, un juego de mesa indescriptiblemente complejo y sutil, una especie de ajedrez japonés, aunque cien veces más enrevesado.

Hel se convirtió en maestro por derecho propio.

Por consiguiente, no era de extrañar que reflexionara como un asiático.

Nicholai percibió que su acompañante pensaba en él. Se dijo que los americanos son increíblemente transparentes y que sus pensamientos resultan tan obvios como los guijarros en el lecho de un estanque límpido y plácido. Le daba igual lo que Haverford pensara: no se pide opinión al empleado de una tienda de comestibles, pero le molestó. Centró la atención en el sol que le daba de lleno en la cara y notó el calor en su piel.

—¿Qué quiere? —preguntó Haverford.

—¿En qué sentido?

Haverford rio entre dientes. Casi todos los hombres que abandonan un largo cautiverio desean tres cosas: una copa, una comida y una mujer, no siempre en ese orden. Como no estaba dispuesto a consentir la arrogancia de Hel, dijo en japonés:

—En el sentido de qué es lo que quiere.

Ligeramente impresionado al percatarse de que Haverford hablaba japonés e interesado porque se había negado a ceder una piedra minúscula del tablero, Nicholai replicó:

—Supongo que no es capaz de conseguir una taza de té aceptable.

—A decir verdad, he dispuesto una modesta *cha-kai*. Espero que la encuentre aceptable.

«La formal ceremonia del té», pensó Nicholai.

Era bastante interesante.

Un coche esperaba al final de la calzada. Haverford abrió la portezuela trasera y dejó pasar a Nicholai.

La *cha-kai* no solo fue aceptable, sino sublime.

Nicholai saboreó cada sorbo de la *cha-noyu* mientras permanecía cruzado de piernas en el suelo acolchado con tatamis, junto a la mesa lacada. El té era excelente, lo mismo que la geisha que estaba arrodillada a poca distancia, la suficiente como para no oír la poca conversación.

14 Nicholai comprobó sorprendido que el funcionario Haverford conocía muy bien la ceremonia del té y sirvió con impecable cortesía e intachable ritual. Al llegar a la casa de té, Haverford se disculpó porque, por necesidad, no había más invitados, y condujo a Nicholai hasta la *machiai*, la sala de espera, donde le presentó a una geisha bella y exquisita.

—Se llama Kamiko-san y hoy será mi *hanto* —explicó Haverford.

Kamiko hizo una reverencia, entregó el quimono a Nicholai y le ofreció *sayu*, una taza de la misma agua caliente que utilizaría para preparar el té. Nicholai bebió un sorbo y, mientras Haverford se disculpaba y salía a preparar la infusión, Kamiko llevó a Nicholai al *roji*, el «terreno del rocío», un jardincillo en el que no había flores, sino rocas. Se sentaron en el banco de piedra y, sin conversar, disfrutaron de la paz y la tranquilidad.

Minutos después, Haverford, ataviado con el quimono, se acercó a una pila de piedra y se lavó con toda la ceremonia la boca y las manos con agua limpia; franqueó el pórtico del medio para entrar en el *roji* y dio formalmente la bienvenida a Nicholai con una reverencia. Por su parte, este se purificó en la *tsukubai*.

Para entrar en la *cha-shitsu*, la casa de té, tuvieron que atravesar una puerta corredera de solo noventa centímetros de altura, lo que los obligó a agacharse, acto que simboliza la frontera entre el mundo físico y el reino espiritual de la casa de té.

La *cha-shitsu* era exquisita, elegante por su simplicidad y expresión acabada del *shibumi*. Fieles a la tradición, ante todo se dirigieron a un rincón en cuya pared colgaba el *kakemono*, el pergamino caligrafiado para conmemorar la ocasión. En su papel de invitado, Nicholai admiró las hábiles pinceladas que representaban el símbolo japonés del *satori*.

Nicholai pensó que se trataba de una elección interesante. El *satori* es el concepto budista zen del despertar súbito, la comprensión de la vida tal como es. No surge como consecuencia de la meditación o el pensamiento consciente, sino que se presenta con el susurro de la brisa, el chisporroteo de la llama o la caída de una hoja.

Nicholai no conocía el *satori*.

Delante del *kakemono*, en un pequeño pie de madera, había un cuenco con una única ramita de arce.

15

Se aproximaron a una mesa baja, sobre la cual había un hornillo de carbón y un hervidor. Mientras Nicholai y Kamiko se sentaban en el tatami, con las piernas cruzadas y junto a la mesa, Haverford hizo una reverencia y abandonó la estancia. Segundos después sonó el gong y regresó con el *cha-wan*, el cuenco de cerámica roja que contenía el batidor y la cucharilla del té más un paño.

En su condición de *teishu* o anfitrión, Haverford se arrodilló delante de la mesa, en el lugar que le correspondía, directamente frente al hornillo y a Nicholai. Limpió los utensilios con el paño, llenó el cuenco con agua caliente, aclaró el batidor, tiró el agua en otro cuenco y volvió a secar con cuidado el del té.

Aunque disfrutó del ritual secular, Nicholai no quiso caer en la complacencia. Era evidente que el americano había investigado y estaba al tanto de que, en los pocos años de libertad de los que había disfrutado en Tokio, antes de que lo encarcelaran, Nicholai había creado un hogar japonés formal, criados incluidos, y había respetado las tradiciones ancestra-

les. Seguramente sabía que la *chai-kai* le resultaría nostálgica y reconfortante.

Nicholai pensó qué le había producido esos sentimientos y que debía de ser cauteloso.

Haverford le ofreció la cucharilla del té, abrió un pequeño recipiente e hizo una pausa para dar tiempo a su invitado a que apreciase el aroma. Sorprendido, Nicholai se percató de que se trataba de *koi-cha*, procedente de plantas centenarias que solo se cultivan a la sombra en determinadas zonas de Kioto. No podía ni imaginar lo que ese *mat-cha* había costado y, a renglón seguido, se preguntó qué precio supondría para él, ya que los americanos no habían apelado a semejante extravagancia a cambio de nada.

Haverford hizo una pausa para llegar al momento exacto, introdujo un pequeño cucharón en el recipiente y extrajo seis medidas de té verde claro, finamente molido, que volcó en el *cha-wan*. Utilizó el cucharón de bambú para echar agua caliente en el cuenco, cogió el batidor y mezcló los ingredientes hasta formar una pasta espesa. Examinó lo que acababa de hacer, se dio por satisfecho y le pasó el cuenco a Nicholai.

De acuerdo con el ritual, Nicholai hizo una reverencia, cogió el *cha-wan* con la diestra, lo pasó a la mano izquierda y lo apoyó en la palma. Lo giró tres veces en el sentido de las agujas del reloj y bebió un largo sorbo. El té era excepcional. Nicholai terminó amablemente de beber con un ruidoso sorbo. A continuación limpió el borde del *cha-wan* con la mano derecha, lo giró una vez en el sentido de las agujas del reloj y se lo devolvió a Haverford, que hizo una reverencia y bebió.

La *cha-kai* entró en una fase menos formal cuando Haverford limpió de nuevo el *cha-wan* y Kamiko añadió carbón al hornillo para preparar una infusión menos espesa. De todas maneras, era imprescindible respetar las formalidades y, en su condición de invitado, Nicholai tomó la palabra para referirse a los utensilios empleados en la ceremonia.

—El *cha-wan* es del periodo Momoyama, ¿no? —le preguntó a Haverford, pues había reconocido el tinte rojo característico—. Es muy bonito.

—Sí, es Momoyama, pero no se trata del mejor ejemplar —respondió Haverford.

Ambos sabían que ese cuenco del siglo XVII era francamente de un valor incalculable. El americano se había tomado muchísimas molestias y había incurrido en gastos considerables para organizar esa «modesta» *cha-kai*. Nicholai se preguntó a qué se debía.

Haverford fue incapaz de disimular su satisfacción al descubrir la sorpresa que le había preparado.

«Hel, no te conozco, pero tú tampoco sabes quién soy yo», pensó Haverford mientras volvía a sentarse con las piernas cruzadas.

A decir verdad, Ellis Haverford era distinto a los matones de la Compañía que, durante tres días de interrogatorios brutales, habían convertido a Nicholai en sangriento picadillo. Oriundo del Upper East Side neoyorquino, había rechazado Yale y Harvard y había optado por Columbia, pues le parecía inconcebible que alguien quisiera vivir en un lugar que no fuese la isla de Manhattan. Se especializó en historia y en lenguas orientales cuando bombardearon Pearl Harbor, y, por lo tanto, valía para trabajar en las oficinas de los servicios de inteligencia.

17

Haverford no quiso seguir ese camino, se alistó en los marines y dirigió un pelotón en Guadalcanal y una compañía en Nueva Guinea. Con condecoraciones como el Corazón Púrpura y la Cruz de la Armada en su pecho, finalmente se dio cuenta de que desaprovechaba su educación, accedió a dedicarse al aspecto secreto de la guerra y acabó entrenando movimientos autóctonos de resistencia a los japoneses en las selvas de la Indochina francesa. Hablaba de un modo fluido francés, japonés y vietnamita, y era capaz de hacerse entender en algunas zonas de China. Tan aristocrático, a su manera, como Hel, aunque procedente de una familia con mucho más dinero, Ellis Haverford era uno de esos contados individuos que parecen estar cómodos en cualquier ambiente, incluida una exclusiva casa de té japonesa.

Kamiko sirvió té suave y se presentó con la *mukozuke*, una bandeja de tentempiés ligeros: *sashimi* y verduras en escabeche.

—La comida está bien —dijo Nicholai mientras Kamiko servía.

—Es basura —afirmó Haverford para cumplir con los formalismos—. Lamento no poder ofrecerle algo mejor y lo siento mucho.

—Es más que suficiente —añadió Nicholai y, sin darse cuenta, adoptó los modales japoneses que hacía años que no tenía ocasión de utilizar.

—Y usted es más que amable —replicó Haverford.

Nicholai reparó en la atención pasiva que Kamiko les prestaba y propuso:

—¿Cambiamos de idioma?

Haverford estaba al tanto de que Hel hablaba inglés, francés, ruso, alemán, chino, japonés y, curiosamente, vasco, de modo que tenía dónde elegir. Propuso hablar en francés y Nicholai aceptó.

—Sintetizando, me ha ofrecido cien mil dólares, la libertad, un pasaporte costarricense y las direcciones particulares del comandante Diamond y sus aprendices a cambio de un servicio que, por lo que supongo, incluye un asesinato.

18

—La palabra «asesinato» es de mal gusto, pero he de reconocer que ha entendido correctamente los elementos básicos del trato —dijo Haverford.

—¿Por qué me han elegido?

—Porque posee ciertas características singulares..., que se combinan con las habilidades concretas que la misión requiere.

—¿A qué se refiere?

—Todavía no tiene por qué saberlo.

—¿Cuándo empiezo? —quiso saber Nicholai.

—Más bien se trata de saber cómo empieza.

—De acuerdo. ¿Cómo empiezo?

—En primer lugar, le arreglaremos la cara —contestó Haverford.

—¿Le parece desagradable? —preguntó Nicholai, consciente de que su semblante antaño guapo se había convertido en un enredo torcido, inflamado y dislocado a causa de los puñetazos y los cachiporrazos del comandante Diamond y sus secuaces.

Nicholai había trabajado como traductor para los americanos hasta que mató a Kishikawa-san; Diamond y sus pistole-

ros a sueldo lo golpearon antes de someterlo a horriblos experimentos que distorsionan la mente con drogas psicotrópicas. El dolor había sido bastante intenso y la desfiguración todavía peor, pero lo que más lo afectó fue la pérdida del control, la terrible impotencia, la sensación de que Diamond y sus repugnantes ayudantes le habían arrebatado el ser, con el que habían jugado de la misma forma en que un niño malintencionado y estúpido se entretiene con un animal cautivo.

«Cuando llegue el momento me ocuparé de ellos —pensó—. Me encargaré de Diamond, de sus matones, del médico que me dio las inyecciones y que, con imparable interés clínico, observó las consecuencias que provocaron en el “paciente”... Todos volverán a verme, aunque fugazmente, segundos antes de morir. En este momento tengo que llegar a un acuerdo con Haverford, algo imprescindible si quiero vengarme. Al menos él es interesante: va vestido de manera impecable, no hay dudas de su educación y, está claro, es hijo de lo que en Estados Unidos pasa por ser la aristocracia.»

—En absoluto —replicó Haverford—. Estoy convencido de que, cuando dañamos algo, debemos repararlo. Me parece que es justo.

Nicholai concluyó que, de forma sutil y muy poco americana, Haverford intentaba decirle que no formaba parte de ellos. Por descontento que lo era, tanto su vestimenta como su educación no eran más que un barniz de la misma vasija resquebrajada.

—¿Y si no quiero que me reparen? —preguntó Hel.

—En ese caso y muy a mi pesar tendremos que cancelar nuestro acuerdo —repuso Haverford amablemente, contento porque en francés quedaba suavizado lo que en inglés habría sido un ultimátum tajante—. Su aspecto actual daría pie a preguntas, cuyas respuestas no coinciden con la tapadera que con mucho esfuerzo hemos creado para usted.

—¿Ha dicho tapadera?

—Una nueva identidad —respondió Haverford, y recordó que, pese a ser un asesino eficiente, Hel era neófito en el universo del espionaje—. Una nueva identidad que incluye una historia personal ficticia.

—¿De qué se trata? —dijo Nicholai.

Haverford negó con la cabeza.

—Aún no tiene por qué saberlo.

Nicholai decidió ponerlo a prueba y añadió:

—Estaba bastante satisfecho en mi celda. Podría regresar.

—Ya lo creo —coincidió Haverford—. Nosotros podríamos decidir que lo juzgamos por el asesinato de Kishikawa.

Nicholai se dijo que Haverford había jugado bien sus cartas y llegó a la conclusión de que debía ser más cauteloso en sus negociaciones con él. Comprendió que no había forma de lanzar un ataque y se replegó como la marea que mengua lentamente.

—La operación de mi cara..., supongo que hablamos de cirugía...

—Así es.

—También supongo que será dolorosa.

—Muy dolorosa.

—¿Cuánto durará la recuperación?

—Varias semanas —respondió Haverford. Llenó nuevamente la taza de té de Nicholai, la suya y, con una inclinación de cabeza, pidió a Kamiko que preparase más—. De todas maneras, no las desaprovechará. Tiene mucho trabajo por delante. —Nicholai enarcó las cejas—. Su francés —puntualizó Haverford—. Su vocabulario es impresionante, pero el acento deja mucho que desear.

—Si lo oyese, mi niñera francesa se sentiría muy ofendida.

Haverford pasó a hablar en japonés, idioma más adecuado que el francés para manifestar un amable pesar.

—*Gomen noseï*, pero su nuevo dialecto tiene que ser más sureño.

A Nicholai le habría gustado saber a qué se debía, pero no preguntó nada, pues no quería mostrarse demasiado curioso ni, mucho menos, interesado.

Kamiko mantuvo una distancia prudencial y, al percatarse de que Haverford había terminado de hablar, hizo una reverencia y sirvió el té. Llevaba un peinado maravilloso, tenía piel de alabastro y ojos chispeantes, y Nicholai se picó al notar que Haverford se había dado cuenta de que la miraba.

—Hel-san, está todo arreglado.

—Se lo agradezco, pero no —repuso Nicholai, para nada

dispuesto a conceder al americano la satisfacción de haber percibido correctamente sus necesidades físicas. Si lo hacía revelaría su debilidad y concedería la victoria a Haverford.

—¿Está seguro? ¿Habla en serio? —insistió el otro.

«Si no hablara en serio, habría permanecido callado», pensó Nicholai. En lugar de responder a la pregunta, dijo:

—Algo más.

—Lo escucho.

—No mataré a un inocente.

Haverford rio entre dientes.

—Me parece hartamente improbable.

—En ese caso, acepto.

Haverford hizo una reverencia.

Nicholai luchó denodadamente por mantenerse consciente.

Ceder el control era una abominación para un hombre que había regido su vida por el principio del firme dominio de sí mismo. Evocó recuerdos de la tortura farmacológica a la que los americanos lo habían sometido. Por eso se esforzó por no perder la conciencia, pero la anestesia surtió efecto y lo durmió.

22

De niño había experimentado con frecuencia estados mentales espontáneos en los que quedaba apartado del momento y se encontraba tumbado en un prado sereno y lleno de flores. No sabía cómo ocurría ni por qué, pero le resultaba pacífico y delicioso. Definía esas pausas como sus «tiempos de reposo», y no entendía que alguien pudiese vivir sin experimentarlos.

El bombardeo de Tokio, la muerte de amigos, Hiroshima, Nagasaki y la detención de su padre sustituto, el general Kishikawa, por criminal de guerra (el hombre culto que le había dado a conocer el go y una vida civilizada, disciplinada y reflexiva), lo privaron de sus preciosos «tiempos de reposo» y, por mucho que lo intentó, no consiguió recuperar la serenidad que en el pasado le había resultado natural.

Fue aún más difícil recobrar la tranquilidad cuando lo subieron a un avión con las ventanillas pintadas de negro y lo trasladaron a Estados Unidos, donde descendió con la cara vendada, como si estuviese herido. Le costó todavía más trabajo mantener la ecuanimidad cuando introdujeron su camilla en el hospital y le colocaron agujas en el brazo y una mascarilla sobre la nariz y la boca.

Cuando volvió en sí, el pánico lo dominó porque tenía los brazos atados a la camilla.

—Va todo bien —aseguró una americana—, pero no queremos que se dé la vuelta ni que se toque la cara.

—No lo haré.

Ella rio y no le creyó.

Nicholai habría seguido discutiendo, pero el dolor era agudo, como si una luz espantosamente brillante rielase delante de sus ojos. Parpadeó, controló la respiración y envió la luz al otro extremo de la estancia para observarla sin pasión. El dolor seguía existiendo, pero se había convertido en un fenómeno distante, interesante debido a su intensidad.

—Le daré un analgésico —dijo la enfermera.

—No es necesario —replicó Nicholai.

—Verá, no podemos permitir que haga muecas ni que apriete las mandíbulas. La intervención de los huesos de la cara fue muy delicada.

—Le garantizo que permaneceré totalmente inmóvil —insistió Nicholai.

A través de las rendijas de los ojos, Nicholai vio que la enfermera introducía el analgésico en la jeringuilla. Era una de esas mujeres de aspecto celta y saludable, de piel blanca, pecas, pelo rojizo y antebrazos fornidos. Nicholai espiró, relajó las manos y las deslizó por los nudos de las ataduras.

La enfermera se mostró muy molesta.

—¿Me obligará a llamar al médico?

—Haga lo que considere necesario.

El médico se presentó al cabo de unos minutos. Hizo alarde de examinar las vendas que tapaban la cara de Nicholai, cacareó tan satisfecho como una gallina que acabara de poner un huevo magnífico y dijo:

—Las intervenciones quirúrgicas han ido muy bien. Espero excelentes resultados. —Nicholai ni se molestó en responder con una tontería parecida—. Mantenga las manos lejos de la cara —advirtió el médico. Se volvió hacia la enfermera y apostilló—: Si no quiere analgésicos, pues no los quiere. Ya la llamará cuando se harte de su estoicismo. Tarde un rato en presentarse si desea infligirle una pequeña venganza.

—De acuerdo, doctor.

—Yo trabajo bien —puntualizó el médico a Nicholai—. Tendrá que dar un buen zurriagazo a las mujeres. —Nicholai tardó un rato en desentrañar el significado de esas palabras—. Me temo que persistirá una ligera parálisis en algunos músculos faciales, pero no será grave. Lo ayudará a mantener su porte indiferente.

Nicholai no pidió analgésicos... ni se movió.

Gracias a la noche y a las cuchilladas de la lluvia monzónica, la persona a quien llamaban Cobra permaneció totalmente inmóvil.

Cobra vio que el hombre hundía los pies en el barro y chapoteaba por el sendero que conducía hacia los arbustos entre los que llevaría a cabo su trabajo. Como era su rutina, Cobra esperaba al hombre. Había aguardado muchas noches para conocer los hábitos de su presa.

25

El hombre se aproximó y quedó cerca del lugar en el que Cobra esperaba, entre los bambúes, junto al estrecho sendero. Concentrado en su destino, el tipo no vio nada cuando enjugó la lluvia torrencial que inundaba su rostro.

Cobra escogió ese momento para desenroscarse y atacar. Plateado como la lluvia, el cuchillo cortó el muslo del hombre. La víctima percibió un dolor extraño, miró hacia abajo y se llevó la mano al rasgón ensangrentado de la pernera del pantalón. Era demasiado tarde: la arteria femoral estaba cercenada y la sangre manó alrededor de su mano y entre sus dedos. Conmocionado, se sentó y vio cómo fluía su vida hacia el charco que no tardó en formarse a su alrededor.

Cobra ya se había esfumado.

Puede que le alegrara que Nicholai Hel hubiera aceptado el trato, pero el comandante Diamond no manifestó abiertamente su entusiasmo.

—Es un chalado medio nipón y no tiene las ideas claras —dijo.

26 —Ni más ni menos —replicó Haverford—. Y usted ha tenido que ver con eso, ¿no?

—Era un agente comunista.

Diamond se encogió de hombros. Era cierto que había dado unos cuantos golpes a Hel y lo había utilizado como conejillo de Indias para poner a prueba algunas técnicas farmacéuticas novedosas. ¿Y qué? Estaban en conflicto con el bloque comunista y se trataba de una guerra sucia. Además, Hel era un mierda arrogante..., su actitud superior y condescendiente daban ganas de hacerle daño.

Diamond supuso que lo había perdido de vista cuando lo trasladaron a la nueva CIA y abandonó Japón para cumplir una misión en el Sudeste asiático, pero el inquietante Hel lo siguió como la cola de una cometa. En su momento tendrían que haberlo ejecutado..., pero ahora se disponían a usarlo como en su provecho.

Era como ese rojillo marica de Haverford, otro gilipollas sabelotodo. Joder, en la guerra Haverford había combatido con el Viet Minh. Además, ¿cómo era posible que se llamara Ellis?

—Hel no era agente comunista, agente soviético ni agente de nada. Dicho sea de paso, es lo que demostró el «interrogatorio» al que lo sometió.

Haverford despreciaba a Diamond, desde su aspecto hasta lo más profundo de su presunta alma. Parecía una guitarra hipertensa, con los labios finos y los párpados caídos, y su aspecto interior era incluso más desagradable. Matón aburguesado que habría sido un nazi entusiasta de no ser por la desgracia de haber nacido en Estados Unidos, Diamond pertenecía a esa clase de agentes de inteligencia que el Ejército parecía producir en serie como otros tantos dispositivos: seres sin imaginación, brutales y con los prejuicios intactos pese a la reflexión y la educación.

Haverford lo odiaba, detestaba a su generación y aquello en lo que pretendían convertir las relaciones entre Estados Unidos y Asia.

John Singleton, jefe del Buró para Asia de la CIA, se encontraba al otro lado del amplio escritorio y contemplaba el debate. La cabellera cana caía sobre su rostro rugoso como la nieve en una montaña rocosa y sus ojos azules tenían el tono del hielo.

Era un auténtico «político de la Guerra Fría»; de hecho, se trataba del hombre más gélido que Haverford conocía.

La crueldad había convertido a Singleton en un hombre legendario. Eminencia gris de la comunidad de inteligencia washingtoniana, era respetado e incluso temido desde el Departamento de Estado hasta el Capitolio, e incluso en la Casa Blanca.

«Tienen sobrados motivos para recelar», pensó Haverford. Comparados con Singleton, Maquiavelo era un ingenuo niño del coro, y los Borgia, modelos de un cuadro de Rockwell. Al lado de Singleton, hasta el mismísimo diablo parecería el ángel Lucifer antes de la caída.

Jefe del Buró para Asia de la OSS (la Oficina de Servicios Estratégicos, precursora de la CIA) durante la guerra, Singleton era el presunto responsable de operaciones guerrilleras en China y Vietnam, e incluso pensaban que había influido en la decisión de arrojar las bombas sobre Hiroshima y Nagasaki.

Después de la guerra, sobrevivió políticamente a la «pérdida» de China, a la invasión por sorpresa de Corea e incluso a los ataques de McCarthy y sus secuaces. A decir verdad, en ese momento Singleton quizás era más poderoso que nunca, algo

que sus numerosos enemigos atribuían, aunque en voz baja, a su estrecha relación con Satán.

Desde el otro lado del escritorio miró a los agentes rivales y le preguntó a Haverford:

—¿Hel es inestable?

—Todo lo contrario —contestó Haverford—. Nicholai Hel es el hombre con más dominio de sí mismo que conozco.

—¿Qué le pasa, se ha enamorado de ese tío? —intervino Diamond, que torció la boca al pronunciar esa burda insinuación homófoba.

—No, no estoy enamorado de él —repuso Haverford con tono cansino.

—Señor, suspenda la misión —le solicitó Diamond a Singleton—. Resulta demasiado arriesgada y Hel es imprevisible. Dispongo de asesinos más fiables en el sur de China y podríamos enviarlos a...

—Hel es perfecto —lo interrumpió Haverford.

—¿Por qué lo dice? —preguntó Singleton.

28

Haverford expuso su argumentación: Hel hablaba fluidamente chino, ruso y francés; era un consumado experto en artes marciales que no solo ejecutaría a su víctima, sino que lo haría para que la forma de la muerte resultase ambigua, factor decisivo a la hora de conseguir el mejor resultado.

—¿Por qué el francés es importante? —preguntó Diamond.

—Ese es precisamente el motivo por el que le pedimos que viniera —respondió Singleton—. Adelante, Ellis.

—Hel se presentará como un traficante de armas francés —explicó Haverford, que se anticipó con intenso placer a la turbación de Diamond—. Su tapadera consistirá en vender armas al Viet Minh.

Diamond torció los labios y esbozó una mueca de contrariedad.

—Queremos que esté al tanto de la situación porque afecta a sus competencias en Indochina.

«¿Al tanto de la situación? —se preguntó Diamond para sus adentros—. Como si no tuviera suficientes problemas tratando de evitar que los gabachos organicen otra guerra sin que mi propio equipo envíe ayuda al enemigo.»

—¿Está diciendo que piensa trasladar...?

—Claro que no. Solo es una tapadera para que Hel llegue a Pekín —precisó Haverford—. De todas maneras, no queremos que reaccionase desmesuradamente cuando sus radares lanzaran pitidos.

Diamond miró con furia a Haverford y dijo:

—Mantenga a su hombre fuera de mi territorio.

—No se preocupe.

Diamond estaba muy preocupado. Si los datos de la Operación X y su verdadera participación en ella llegaban a Washington... «X» era una operación en Indochina, dirigida por los gabachos, y suponía que la tenía perfectamente controlada, pero la aparición de Hel amenazaba con contaminarla.

Diamond se dirigió a Singleton:

—Señor, si no le molesta, me gustaría estar informado de todas las fases del proceso.

—Lo estará —aseguró Singleton—. Ellis, manténgalo al corriente de lo que hace.

—Sí, señor.

—Ellis, haga el favor de quedarse unos minutos.

Diamond abandonó la reunión. Cuando cogió el ascensor pensó que Nicholai Hel estaba en libertad y experimentó un temblor involuntario en la pierna. «Afróntalo, le tienes miedo...», por motivos de peso. Es un asesino consumado y está resentido contigo. Por no hablar de la Operación X..., si es que existe la más remota posibilidad de que se sepa.» No podía permitirlo.

—¿Conoce Hel la identidad de su objetivo? —le preguntó Singleton a Haverford.

—Aún no le he dicho nada.

Singleton reflexionó unos instantes y preguntó:

—¿Hay algo de cierto en lo que Diamond ha dicho acerca de que Hel es imprevisible?

—En mi opinión, no —contestó Haverford—. De todos modos, he tomado la precaución de proporcionarle un anclaje..., por emplear una metáfora náutica.

Singleton despidió a Haverford, consultó la agenda con su

secretario y vio que disponía de unos minutos para reflexionar. Entró en su estudio privado, tomó asiento y contempló el tablero de go, abierto sobre la mesa.

Hacía varias semanas que jugaba esa partida contra sí mismo y, paulatinamente, las configuraciones de las piedras opuestas se tornaban hermosas. Casi se podían considerar agradecidas en la interacción entre el yin y el yang de los contrarios. Solo en el *go-kang* la vida prometía el equilibrio perfecto.

Diamond sería Diamond, y Haverford..., Haverford. Prácticamente eran elementos fijos del tablero.

Sin embargo, Hel...

Singleton movió una piedra negra.

Nicholai Hel no tardaría en conocer la identidad de su objetivo y entonces se sentiría motivado.

¿Y qué haría?

¿Cómo reaccionaría ese jugador de go? No era exagerado afirmar que el futuro inmediato de Asia dependía de la complicada máscara de Nicholai Hel.

30

—Un «anclaje» —musitó Singleton para sí—. ¡Qué interesante!

Solange era tan bonita como su nombre.

Su pelo era del mismo color que el oro trenzado, con mechas ambarinas, y sus ojos tan azules como el mar a mediodía. La nariz aguileña revelaba la colonización romana de su Languedoc nativo, y sus labios llenos no podían ser más que franceses. Un tenue ramillete de pecas salpicaba su tez de porcelana casi monótonamente perfecta; la suave curva de sus pómulos altos evitaba lo que podría haber sido una severidad poco favorecedora. Era alta, ya que solo medía una cabeza menos que Nicholai; tenía las piernas largas y el cuerpo rotundo, y sus pechos tensaban el vestido azul, sencillo pero elegante.

31

Fue su voz lo que más afectó a Nicholai. Poseía un tono ronco pero delicado, con esa sedosidad tan peculiar de los galos que es amable y sensual a la vez.

—Bienvenido a mi hogar, *monsieur*. Espero que se sienta cómodo.

—No tengo la menor duda de que así será.

Solange extendió la mano para que se la besase, como si la cara de Nicholai no estuviese cubierta de vendajes. De todas maneras, Nicholai cogió esa mano de dedos largos y delgados y la besó, por lo que tanto sus labios como el algodón del vendaje rozaron la piel de Solange.

—*Enchanté*.

—¿Quiere ver su habitación?

—*S'il vous plaît* —respondió Nicholai, y se percató de que el largo vuelo de Estados Unidos a Tokio lo había agotado.

—*S'il vous plaît* —lo corrigió amablemente la mujer para hacer más sostenido el sonido de la a.

Nicholai aceptó la crítica y repitió la frase imitando la pronunciación de Solange.

La francesa lo premió con una sonrisa de aprobación.

—¿Es posible que su niñera procediese de Tours? Reconozco que se trata del acento más puro de Francia, pero usted tiene que adquirir el *accent du Midi*.

—Por lo que tengo entendido, es el motivo por el cual estoy aquí.

—Yo soy del sur, de Montpellier —añadió la mujer.

—No lo conozco.

—Pues es hermoso —confirmó Solange—. Soleado, cálido y la luz...

El dormitorio de Nicholai era sencillo y elegante, las paredes estaban pintadas de un amarillo alegre sin resultar chillón y los pocos muebles eran de un azul ni muy claro ni muy oscuro que se complementaba perfectamente con el tono de las paredes. La amplia cama, que parecía inmensa comparada con el catre de la celda, estaba cubierta con un edredón azul. Sobre la mesilla de noche había un jarrón con un único crisantemo.

—Se trata de una flor japonesa, ¿no? —preguntó Solange.

—Sí.

—¿Ha añorado las flores?

—Sí —respondió Nicholai, que se sintió intensamente conmovido—. Se lo agradezco.

—*Problème*.

—¿Cómo dice?

—La forma gramatical correcta es «*pas de problème*», pero..., *comment vous dites...*, bueno, en «vernáculo» sería, lisa y llanamente, «*problème*». *Oui?*

—*D'accord*.

—Bien dicho —aseguró la francesa—, pero tiene que dar más énfasis a la «d». *Comme ça*. —Esbozó con los labios una forma que a Nicholai le resultó bastante atractiva—. *D'accord*.

—*D'accord*.

—Por favor, el sonido debería ser un poquitín más nasal. —Nicholai repitió la expresión y pasó el sonido por la nariz—. *Formidable*. Fíjese en cómo arrastro la cuarta sílaba, si bien es

solo un matiz. Por favor, con cuidado, no tiene que hablar como un campesino, sino como un sureño culto. ¿Está cansado o prefiere comer?

—Estoy más hambriento que cansado.

—Me he tomado la libertad de preparar la comida.

Solange lo condujo hasta el pequeño comedor. La ventana permitía ver el *karesansui*, el jardín de piedras japonés, rodeado por una alta tapia de bambú. Estaba diseñado con gracia y Nicholai recordó el jardín que había creado con meticulosidad en su hogar de Tokio. Había sentido cierta satisfacción en aquella casa antes de tomar la decisión de matar a Kishikawa-sama.

—¿Puedo disponer libremente del jardín? —preguntó Nicholai.

—Por supuesto. Este será su hogar mientras permanezca aquí.

—¿Tendría la amabilidad de decirme cuánto tiempo estaré aquí?

—El tiempo que tarde en recuperarse —respondió Solange, y desvió con habilidad la respuesta a la pregunta que en realidad le había hecho. Apostilló con sonrisa traviesa—: Y en aprender correctamente el francés.

Solange señaló una silla que se encontraba junto a la mesa. Nicholai tomó asiento mientras la mujer se dirigía a la cocina.

Al igual que el resto del interior de la casa, la estancia era europea, y Nicholai se preguntó dónde había comprado los muebles. Llegó a la conclusión de que probablemente no era ella quien los había adquirido, sino que habían sido sus jefes estadounidenses los que entregaron los recursos para imitar una casa rural francesa, aunque con *karesansui*. Sin duda supusieron que asimilaría su «tapadera» francesa a través de una especie de ósmosis decorativa, y seguramente lo hicieron tras consultar con un «psicólogo», uno de los sacerdotes de la nueva religión civil americana. De todas maneras, la estancia era agradable y abría el apetito.

Otro tanto podía decir del aroma que le llegó desde la cocina: una fragancia delicada, tal vez con regusto a vino, y si acaso con el perfume a humedad de las setas. Solange regresó, depositó la cazuela de barro en la mesa, la destapó y dijo:

—*Coq au vin*. Espero que le guste.

El aroma era muy tentador.

—Hace años que no degusto cocina europea.

—Espero que le siente bien. De todas maneras, a partir de ahora es imprescindible que ingiera, sobre todo, comida francesa.

—Encantado pero ¿puede explicarme por qué?

Solange apretó los labios, hizo un mohín encantador y respondió:

—Me gustaría decirlo con delicadeza, pues no tengo intención de ofender...

—Por favor, vaya directamente al grano —la interrumpió Nicholai, aunque dudaba de que la brusquedad formase parte del repertorio de la francesa.

—Tal como son las cosas, usted huele a japonés. *Il faut que vous ayez l'odeur d'un vrai français*.

—Ahora lo entiendo.

34 Estaba claro que tenía razón. Desde la celda de la cárcel, Nicholai deducía por el olor la nacionalidad de quien recorría el pasillo. Los americanos olían a ternera, los rusos al potente aroma de las patatas y los guardias japoneses a pescado y verduras. ¿Y a qué olía Solange? Solo percibió la fragancia de su perfume.

—¿Puedo servir? —preguntó la francesa.

—Si es tan amable...

Ella sirvió una generosa ración de pollo al vino, cogió puntas de espárragos de una fuente y las puso en el plato de Nicholai. Llenó una copa de vino tinto y explicó:

—Es aconsejable beber el mismo vino con el que se cocina el pollo. *Monsieur*, me refiero a vino francés de calidad.

—Llámeme Nicholai.

—*Et bien*, Nicholai —repuso—. Haga el favor de llamarme Solange.

—¡Qué nombre tan bonito!

La francesa se ruborizó, y fue encantador. Tomó asiento, se sirvió y esperó a que Nicholai catara la comida, después de lo cual preguntó:

—¿Le gusta?

—Es extraordinaria. —Nicholai no faltó a la verdad.

Sutiles pero característicos, los sabores maduraron en su boca y el gusto del vino evocó comidas juveniles en casa y con su madre. «Creo que podría acostumbrarme al vino europeo...», si sobrevivo», pensó—. Felicitaciones al cocinero.

La mujer ladeó la cabeza.

—*Merci*.

—¿Lo ha preparado usted? —preguntó Nicholai, sorprendido.

—Me chifla cocinar. En los últimos años no he tenido muchas ocasiones, por lo que representa una gran alegría.

Solange cogió el tenedor y comió con un entusiasmo que en una japonesa habría parecido poco elegante, pero que en ella resultó vital; comió con una *joie de vivre* que Nicholai no había visto durante los años de la guerra, la hambrienta ocupación y la incomunicación carcelaria. Fue todo un placer verla disfrutar de la comida. Al cabo de unos minutos, Nicholai preguntó:

—El hombre a quien tengo que imitar, ¿se alimentaba a la francesa incluso en Asia?

—Es lo que tengo entendido.

—¿Cómo se las ingenió?

—Con dinero —replicó Solange, como si fuese lo más obvio del mundo—. El dinero da pie a todo.

—¿Por eso trabaja para los americanos? —preguntó él, que se arrepintió en el acto y se cuestionó por qué había experimentado el impulso de ofenderla.

—*Tout le monde* —respondió Solange—. En nuestros días todos trabajamos para los americanos. —«Incluido tú, *mon ami*», pensó, sonrió y se incorporó de la silla—. He preparado una *tarte tatin*. ¿Le apetece?

—Me encantaría.

—¿Café?

—Si tiene, prefiero té.

—Nicholai, a partir de ahora tomará café —puntualizó Solange—. *Un express avec une cigarette*.

La mujer se marchó y al cabo de un minuto regresó con la tarta de manzana, el café expreso y un paquete de Gauloises, que dejó sobre la mesa.

—Le ruego que disculpe mi descortesía —dijo Nicholai—. Ya no estoy acostumbrado a conversar.

—*Problème*.

A Solange le encantó que su huésped se disculpase.

La tarta era deliciosa y, por sorprendente que parezca, el café mucho más. Nicholai se repantigó en la silla y Solange le acercó el paquete de tabaco.

—Coja dos, enciéndalos y pásame uno.

—¿Habla en serio?

La francesa se echó a reír.

—¿Nunca ha ido al cine?

—No. —Nicholai siempre consideró extraño eso de sentarse a contemplar las fantasías de otros proyectadas en una cinta de celuloide.

—Me encanta el cine —aseguró Solange—. Me habría gustado ser actriz.

Nicholai estuvo a punto de preguntarle qué se lo había impedido, ya que era muy atractiva, pero se dio cuenta de que la respuesta podía apenarla y se abstuvo de formularla. Por lo tanto, sacó dos cigarrillos del paquete, los sujetó entre los labios, rascó una cerilla y los encendió. Le pasó uno de los pitillos cuando vio que la punta brillaba.

36

—*Formidable* —opinó Solange—. Paul Henri se moriría de envidia.

Aunque no supo de quién hablaba la mujer, Nicholai tragó el humo y reprimió las ganas de toser. Los puntos de sutura le dolieron.

—Ha pasado mucho tiempo —reconoció cuando se recuperó.

—Ni que lo diga. —Solange se rio de él, pero Nicholai no se sintió ofendido ni incómodo. Fue como si compartieran un momento divertido y también rompió a reír. Nuevamente le dolió la cara y comprendió que había pasado mucho tiempo desde la última vez que disfrutaba en compañía. Solange pareció adivinarle el pensamiento y dijo—: Es muy agradable, ¿no? Diría que usted y yo no hemos tenido demasiadas oportunidades de reírnos.

—El mundo tampoco las ha tenido —añadió Nicholai.

Solange volvió a llenarle la copa de vino, hizo lo propio con la suya, la levantó y brindó:

—Por tiempos mejores.

—Por tiempos mejores.

—Nicholai, tiene que aprender a fumar —lo reprendió—. Todos los franceses fuman.

—En Shanghái, cuando era niño, escamoteaba cigarrillos. Los chinos fuman como chimeneas. Bueno, fuman y escupen.

—Creo que podemos prescindir de los escupitajos.

Después de comer, Nicholai dio un paseo por el jardín.

Estaba muy bien construido. Los senderos serpenteaban por una zona de grava primorosamente rastrillada para imitar el oleaje. El «islote» de hierba corta y piedra que se encontraba en el centro del «mar» representaba las montañas de Japón. De forma estratégica, en el camino habían situado arbustos para que en cada curva la perspectiva cambiase.

«Como la vida misma», reflexionó Nicholai.